

DOMINGO DE PASCUA EN LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

2017

Permitidme que agradezca en primer lugar la compañía durante todas las celebraciones de la Semana Santa de nuestro querido hermano, el obispo emérito D. Camilo. Como siempre nos ha edificado a todos en nuestra vida cristiana con el ejemplo de su sencillez y humildad.

Agradezco también al Cabildo y al personal de la Catedral los esfuerzos que han hecho para que las complicadas celebraciones de estos días expresaran de la mejor manera posible la belleza de la liturgia que en sí misma es un camino de acercamiento del hombre al encuentro con Dios.

Extiendo mi agradecimiento a las autoridades civiles, sociales y militares que han acompañado las procesiones y las celebraciones litúrgicas de estos días. Nos honran con su presencia como representantes del pueblo, independientemente de sus creencias personales. Sé que todos han hecho un gran esfuerzo personal y familiar. Una vez más reitero mi deseo de colaboración con todos para el bien común de todos. Muchas gracias.

La Junta Profomento y las directivas de las Cofradías habéis manifestado, una vez más, vuestra capacidad para convocar a miles de personas y organizar con dignidad y esmero las distintas procesiones que han recorrido las calles de nuestra ciudad. Hoy, Domingo de Pascua, podemos decir que la Semana Santa de este año ha sido un éxito en cuanto al aparato externo que es lo que nosotros podemos evaluar. Gracias al buen tiempo han podido procesionar todos los pasos de las Cofradías y muchas personas han salido a la calle para contemplar y ver la manifestación de fe, de belleza y devoción que encierra en sí toda procesión. Gracias a todos los cofrades por vuestro trabajo y por vuestros desvelos.

Ciertamente, la Semana Santa ha sido en Astorga y en toda la diócesis un momento especial en el que se ha creado un ambiente propicio para acercarse a Dios. Me he fijado cómo las personas quedábamos retratadas por la actitud que cada uno manifiesta ante el paso de las imágenes y de los cofrades. Unos rezábamos, los cofrades con devoción acompañaban o portaban los tronos, otros en silencio contemplaban expectantes desde las aceras el espectáculo, otros, cargados con su bolsas y ocupaciones pasaban indiferentes, otros seguían a lo suyo tomándose un refresco en la terraza del bar. Otros estaban ausentes. La fe no deja indiferente a nadie. Todo el mundo toma partido. Es justo que valoremos y demos gracias a Dios por la armonía y el respeto que todo el mundo ha manifestado. Esto es un factor que indica la madurez de nuestra convivencia social en paz y en libertad.

La Semana Santa finaliza hoy, domingo de Resurrección, para dar paso a las solemnes fiestas de Pascua en honor de Cristo resucitado. Comienza un tiempo de

gozo y de alegría que anticipa en esta tierra la felicidad eterna que el Señor ha prometido a los que aquí en la tierra cargan con su cruz y le siguen. Los frutos espirituales de la Semana Santa los podemos contemplar en la Pascua comprobando cómo el paso de Cristo resucitado por nuestra vida ha fortalecido nuestra fe, esperanza y caridad. Nos daríamos por satisfechos si algunos de los que estaban alejados de la práctica de la fe se hubieran acercado a Dios y arrepentidos volvieran a disfrutar con gozo de la fe y del amor fraterno de los hermanos en la Iglesia. Porque una procesión no es un desfile ni una cabalgata. Es una manifestación de fe en que Cristo vive en la Iglesia que peregrina detrás de su cruz acompañados por el ejemplo y la intercesión de la Virgen María y de los santos.

Las personas para creer y entender el Misterio de Dios necesitan oír y ver como oyó y vio el discípulo amado. Oyó a María Magdalena que le decía a él y a Pedro: "Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto". Podemos imaginarnos el susto y el estupor de Pedro y de Juan, al escuchar estas palabras. Al oír la noticia del sepulcro vacío, salieron corriendo para ver. Y ¿Qué vieron? Vieron el sepulcro vacío y los signos de la pasión de Jesús que identificaban su tumba. Juan dice que vio, creyó y entendió que el sepulcro no estaba vacío porque hubieran robado el cadáver de Jesús sino porque se había cumplido la Escritura. Se había cumplido lo que Jesús les había anunciado cuando subían a Jerusalén: que después de padecer y ser crucificado, al tercer día resucitaría.

¿Cómo ayudar a las personas para que oigan, vean y entiendan el evangelio que Jesús proclamó? No hay otro camino más que el de acercarlas a Cristo resucitado para que lo descubran. Jesús no es un personaje histórico al estilo de los grandes reyes, filósofos o fundadores de religiones. Estos hicieron grandes cosas, pero murieron y están muertos. Jesús vive para siempre porque ha resucitado de entre los muertos. Él sale a encuentro de las personas porque quiere que todo hombre participe de la vida eterna que Él conquistó para todos con su muerte y resurrección. Nosotros, los discípulos, podemos colaborar con nuestra palabra y con nuestro testimonio para que se produzca ese encuentro con el Señor.

Para ello tenemos que anunciar con verdadero convencimiento la Buena Noticia de que Dios existe porque Jesús nos lo reveló con su palabra y con su vida, sobre todo con su muerte en la cruz. Resucitado nos acompaña, nos sostiene con su amor misericordioso y nos conduce hacia la vida eterna para que gocemos en su presencia para siempre. Este es el mensaje esencial que predicaban Pedro los demás apóstoles. Ellos convencieron a muchos porque la gracia de Dios estaba con ellos. Nuestro problema es cómo decir estas cosas tan sencillas, pero tan fundamentales, en un lenguaje cercano y comprensible para la gente de hoy, especialmente a los jóvenes.

La palabra no basta para convencer y llevar a la gente a la fe en Jesús. Tiene que ir acompañada del testimonio de los cristianos para que lo que se predica se

vea y se compruebe su verdad. El testimonio de la fe cristiana es el amor fraterno. Hoy la sociedad secularizada nos respeta y nos tolera por el testimonio de muchos cristianos que entregan su tiempo, su dinero e incluso su vida para defender a los más pobres y necesitados. Nuestro problema está en que no somos capaces de hacer entender a la sociedad que la fe en Cristo resucitado es la que nos mueve a la caridad y la caridad avala nuestra fe.

Quien escucha la Palabra de Dios sin prejuicios y ve el testimonio abnegado de amor fraterno de tantos cristianos, entonces entiende que el Hijo de Dios no ha muerto, que sigue vivo dando vida a través de tantas personas que movidas por la fe y por la gracia le hacen presente con su palabra y con su testimonio de vida.

El Papa Francisco es un claro ejemplo de cómo el testimonio cristiano cuando es verdaderamente evangélico interesa a la sociedad y también a los jóvenes. Todos somos conscientes de la revolución que está suponiendo para la Iglesia y para el evangelio las palabras y los gestos del Santo Padre. Muchos indiferentes que miraban para otro lado cuando se hablaba de la Iglesia, hoy sienten, al menos, curiosidad por lo que dice y hace el Papa y la Iglesia. Es un primer paso para acercarse a la fe.

Hermanos: Demos gracias a Dios por la dicha de creer en Cristo y por ser también nosotros testigos de que está vivo. Anunciemos con gozo al mundo que la muerte ha sido vencida por la Vida y que esa vida se llama Jesucristo.

Alegrémonos con María porque verdaderamente ha resucitado el Señor. ¡Aleuya!

† Juan Antonio, obispo de Astorga